



Las
pompas del diablo
Carles
Casajuana

DESTINO

Las pompas del diablo

Carles
Casajuana

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1465

© Carles Casajuana, 2019

© Editorial Planeta, S. A. (2019)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

© Raval Edicions, S.L. (2019)

Primera edición: marzo de 2019

ISBN: 978-84-233-5531-1

Depósito legal: B. 4.179-2019

Impreso por Black Print

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Ya sé que no es manera de empezar una historia tan edificante como la que me propongo contar, y además no va con mi carácter alegre y optimista, pero ante todo, si el lector me lo permite, quiero aclarar dos cosas. La primera es que no es verdad que yo entrara en el Ayuntamiento por recomendación de un cuñado del alcalde, después de suspender las oposiciones tantas veces que, cuando me veían, los miembros del tribunal ya no se podían aguantar la risa. Y la segunda es que tampoco es cierto que, cuando se produjo el ascenso que desembocó en los hechos que narraré, después de once años y ocho meses de servicio, tuviera media docena de expedientes abiertos por absentismo, por falta de respeto a los superiores, por desobediencia y por otras infracciones e incumplimientos de gravedad diversa. Esto lo han propagado personas que me quieren perjudicar y que se niegan a admitir que he llegado donde he llegado porque sé mover las fichas con inteligencia, porque conozco un poco la naturaleza humana y, sobre todo —está feo decirlo—, por mi

simpatía, que hace que todo el mundo que me conoce sienta el deseo de tenerme cerca y de facilitarme las cosas.

Sé que estas cualidades les resultan difíciles de digerir a los envidiosos que me difaman, pero creo que no me aparto ni un milímetro de la verdad si digo que sin ellas nunca habría recibido la llamada que, una mañana de primavera, rompió la paz de mi despacho y me catapultó a la cúpula del gobierno municipal. La vida administrativa es una invitación permanente a la reflexión pausada y yo había cerrado un momento los ojos, mecido por el apacible rumor de teclados y de papeleo, a fin de meditar la redacción de unas cartas que me proponía dictar.

La abnegada secretaria de la sección, Marcelina, me despertó sin miramientos y me dijo que tenía una llamada.

—Soy Baltasar —me acometió una voz pedregosa y conocida al otro extremo de la línea—. ¿Qué pasa, ya no te acuerdas de mí? Si leyeras el periódico de vez en cuando sabrías que me han nombrado teniente de alcalde. Ven mañana a primera hora a mi despacho. ¡Se acabó hacer el vago! ¡Quiero que seas el jefe de mi gabinete!

Como el lector comprenderá, dejé para otra ocasión las cartas que me proponía dictar, me despedí de Marcelina, abandoné la beatitud de mi despacho y me fui zumbando a celebrarlo. Que nadie piense que la oportunidad que se me ofrecía de ser útil a los ciudadanos y de dar un nuevo sentido a mi trayectoria

profesional era el motivo principal de mi alegría. Esto son cosas que se dicen para quedar bien. Tampoco lo era el reconocimiento de mis méritos que aquella llamada suponía, ni la seguridad de que a partir de aquel momento mi carrera discurriría por unas alturas frecuentadas sólo por un puñado de elegidos. Un servidor tiene sus pequeñas vanidades, como todo el mundo, pero la de creerse un funcionario superior a los demás no se cuenta entre ellas. Lo que llenaba mi corazón de júbilo, aparte de la seguridad de que ya no tendría que aguantar más a mi jefe de servicios, Ramon Oliveres, un trepa sin un solo defecto que lo redimiera, era el montón de pequeños privilegios que estaba seguro de que me corresponderían. Siempre he sido un servidor público desinteresado y ni los coches oficiales ni la abundancia de asistentes, de secretarias y de teléfonos me deslumbran. Son un instrumento para servir con más eficacia al contribuyente, nada más. Pero que no me deslumbraran no quiere decir que no me apeteciera disponer yo de ellos en vez de ver cómo disponían de ellos los demás, que es lo que había hecho siempre hasta entonces. ¿Tendría un coche con conductor a mi disposición día y noche? ¿Me rodearía un ejército de aduladores peleándose por hacerme la vida más placentera? Y, sobre todo, ¿me darían entradas para ver los partidos del Barça desde la tribuna? Porque el jefe del gabinete del teniente de alcalde bien que tenía que poder contribuir con su presencia y con su apoyo a la gloria de nuestro equipo, ¿verdad?

Ni que decir tiene que yo leía el periódico con más frecuencia de lo que mi amigo Baltasar había dado a entender. La vida administrativa invita a informarse sosegadamente sobre todo lo que puede perturbarla, como las elecciones y los cambios de gobierno municipal. Sabía, pues, que mi antiguo compañero de estudios se había presentado a las elecciones con el partido ganador y que, hábil como es, se había colocado de teniente de alcalde. Pero confieso que no esperaba que se acordara de mí. Ahora que era poderoso, pensaba, pasaría por mi lado fingiendo no conocerme, como es habitual. O ni siquiera eso: mi trayectoria de funcionario en una de las dependencias municipales más periféricas nunca se cruzaría con la suya y no sería preciso que desviara la mirada para fingir que no me conocía. Ignoraría mi existencia y si alguna vez coincidíamos me saludaría con el afecto fingido de un buen político y listo.

Su llamada, pues, fue una sorpresa, una de esas propinas que la existencia nos da de vez en cuando para compensarnos por las collejas que nos atiza día sí día también. El azar, que es el diablo que suele gobernar estos asuntos, había decidido que Baltasar se acordara de mí debido a mis obvias cualidades. Los funcionarios leales y con criterio no abundan y seguramente necesitaba a alguien que le cubriera las espaldas. Conociéndome, sabía que podía confiarme la tarea a mí. Además, me debía dos o tres favores, pequeños servicios de cuando éramos estudiantes que no es cuestión de exhumar ahora para no pecar de

indiscreción, pero que en su día tal vez evitaron que alguien le partiera la cara o que acabara entre rejas. Cosas de adolescentes, sin importancia.

El caso es que me fui a celebrarlo contento como si me acabara de tocar el gordo y riéndome de la cara que pondría Ramon Oliveres cuando supiera que se había dado la vuelta a la tortilla y que ahora su suerte dependía, mira por dónde, de la santa voluntad de un servidor, que tendría ocasión de hacerle pagar con creces la mezcla de desprecio y de condescendencia con que había intentado amargarme la vida —sin conseguirlo, claro, porque eso no está a su alcance— durante los últimos cuatro años.

No es cierto que aquella noche, pretextando que era el jefe del gabinete del teniente de alcalde, me fuera de cuatro bares sin pagar las bebidas que había consumido o a las que había invitado a los compañeros de juerga que me salieron, que no fueron pocos. Lo que pasó es que, como mi sueldo era entonces más reducido que el que me esperaba y como la noticia del ascenso me había pillado corto de numerario, tuve que pedir a los propietarios de aquellos establecimientos que tuvieran la amabilidad de esperar a que cobrara el primer sueldo. Todos sin excepción accedieron a ello de buen grado al ver que, de todos modos, no llevaba ni cinco y, por tanto, se pusieran como se pusieran, no iban a cobrar.

Tampoco es verdad que al día siguiente me presentara en el despacho de Baltasar todavía medio cocido y vestido como un payaso. No había dormido mucho,

porque una cosa había llevado a la otra y la noche se había alargado, pero una ducha caliente, dos cafelitos bien cargados y la perspectiva de una pequeña siesta así que tomara posesión de mi nuevo despacho, lo compensaban con creces. Y escogí el vestuario que consideraba más adecuado para las responsabilidades que me esperaban y para presentarme como un hombre que, sin renunciar a la elegancia, sabía ofrecer una imagen alegre y moderna: una americana de cuadros azules de un buen palmo de tamaño cada uno, unos pantalones negros, que combinan con todo, una camisa amarilla, un par de zapatillas de deporte rojas y una pajarita con unos tirantes también rojos, a juego, estos con unas hebillas doradas muy elegantes. Un conjunto que me favorece y que siempre me ha granjeado la simpatía de todo el mundo.

Las secretarías de Baltasar me acogieron con unos ojos que demostraban que no me había equivocado en la elección. A aquellas tres perspicaces señoras les bastó verme para intuir que yo no era un funcionario del género ovino como los que pastan por las dependencias municipales. Admitieron que Baltasar me esperaba, pero me dijeron que, como en aquel momento estaba ocupado, quien tendría que esperar, en realidad, sería yo.

Sin desvelar el motivo de mi visita, les pregunté dónde tenía el despacho el jefe de gabinete, como si quisiera entretener la espera poniéndole en antecedentes de la cuestión que iba a tratar con el teniente de alcalde. Me señalaron un cuchitril atiborrado hasta

el techo de papeles y de expedientes, advirtiéndome que no había nadie porque el titular del cargo había dimitido y el teniente de alcalde aún no había designado a su sucesor.

—Claro —me limité a decir, haciendo gala de la discreción extrema que sabía que a partir de aquel día debería presidir mis acciones. Me fijé en que en el despacho, pese a ser muy pequeño, había un sofá que me vendría de primera cuando las circunstancias me exigieran un poco de reposo.

—No debe de encontrar a nadie que acepte el cargo —dijo una de ellas, sin dejar de mirar la pantalla del ordenador, en el que me pareció que estaba jugando una partida de naipes—. ¿Quién se va a querer meter aquí, con los quebraderos de cabeza que hay?

—Se necesita estar verdaderamente desesperado —dijo otra, que hacía un sudoku.

—No creas, hay tontos para todo —dijo la tercera, que, a diferencia de sus laboriosas compañeras, permanecía inactiva—. Seguro que encontrará a un chupatintas ambicioso que aceptará el cargo de inmediato.

Dije que, aunque sin duda el cargo debía conllevar muchas preocupaciones y desasosiegos, sobre todo si la persona que lo ejercía carecía de la madera adecuada, también debía de tener un buen sueldo, un automóvil con conductor, entradas gratuitas para el Liceo y quién sabe qué beneficios más para aliviar un poco el peso de la responsabilidad, que sin duda debía de ser gravoso.

Se echaron a reír las tres al mismo tiempo.

—Sí, ¡y copas gratis en todos los bares del Born!
—dijo la del sudoku.

—¿De qué guindo cae usted? —preguntó la que jugaba al póker online—. ¿No ha oído hablar de los recortes?

—Callad, callad. —Rio la tercera, bajando la voz, pero no tanto para que no la pudiera oír—. A ver si le han ofrecido el cargo y le vamos a chafar la guitarra.

Como el curso que tomaba la conversación no me gustaba, hice un comentario laudatorio sobre la austeridad municipal y les pregunté si al menos había una silla para que las visitas esperaran. Me señalaron una y me senté pensando que, antes de aceptar, me convenía concretar bien las cosas con Baltasar, aunque sólo fuera para no quedar como un pardillo ante aquellas tres arpías. Si me dormí o no, no lo tengo muy claro, pero la espera no se me hizo larga.